

de Occidente quedará, sobre todo, la lección que se desprende de su mayor lucha: el choque entre la ruralidad y la ciudadanía como factores adversos de la redención del proletariado. Campo y ciudad, agricultura e industria; he aquí los dos agentes de la obra gigantesca que el porvenir realizará, si consigue armonizar aquellas fuerzas, cuya respectiva evolución está en momentos históricos diversos, y por ello son anacrónicas entre sí.

Pero nuestro Occidente dará a su gran crisis social (evolutiva o revolucionaria) tipo histórico distinto de la Rusia de Lenin. Recordemos, con todo, que si Kerenski fué el hombre que ensayó en Rusia una aclimatación de política occidental, no podemos considerar a Lenin como un retorno absoluto a lo que podría llamarse tradición revolucionaria de Rusia.

Aparentemente dió el triunfo a Marx sobre Bakunin. Tuvo que pelear contra la rigidez tradicional del visionarismo eslavo, cuyas facetas más típicas son el nihilismo, el anarquismo y la renuncia tolstoyana. Lenin fué un hombre influido por el Occidente; pero al pasar por su alma eslava, ese Occidente se transfiguró, y difícilmente puede el reflejo de su antorcha alumbrar nuestro camino.

Pero Lenin deja una experiencia inversa, que yo creo deberá tener considerable trascendencia. Fué un término de oposición, una fuerza extrema al servicio de una fórmula. Le faltó calor humano. Quiso dar a la revolución rusa un valor estrictamente social, y olvidó el imprescindible valor político. Creyó que un ideal de justicia podía fundarse sobre la anulación de la libertad. Creyó que la libertad sólo era un medio, y no un fin en sí misma, el más alto fin de la comunidad.

Creo firmemente que el socialismo aprovechará esa fuerte experiencia para acentuar su significación como escuela política y conciencia progresiva de libertad. Comprenderá sobre todo, que tiene su mayor eficacia en ser una espiritualidad opuesta a una fuerza material, y que si procura no tomar jamás las apariencias del adversario, llegará un momento en que será invencible, porque habrá infundido en la Humanidad una nueva conciencia.

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Madrid).

En el próximo número

Páginas de Caso, Mercante, Gerchunoff, Zulueta, Araquistain, Arciniegas, Carazo y otros.

Grabados: Carducci, Joaquín V. González, Unamuno.

Paco Rodríguez,

caricaturista hoy, más adelante, pintor

Por un breve espacio de tiempo, equivalente a dos o tres horas, he convivido con este nervioso artista.

Pero su cultura, su pulcritud mental, sus ingeniosidades repentinas, me

diligente traza. Esto no exonera de de cierta «morbidez» a algunos de sus trabajos.

Desde luego comprendí, también, que dominar su nerviosidad actual, hasta llegar a asentarse en su estilo último, es lo que nuestro artista busca laboriosamente.

••

De sus «cosillas», como él cariñosamente llama a sus dibujos, me agrada, de modo particular, el titulado «una sirvientilla». Representa el cuadro (este trabajo no es de humor sino un ensayo afortunado «al pastel» con un fondo de ingenua acuarela, y en el que hay que apreciar al dibujante y colorista) representa digo, «una sirvientilla» de las nuestras, en su tipo selecto, jugosa niña que ha de devorar el monstruo lujurioso de la ciudad, y que de fresca y dotada de ardiente lozanía ha de tornar, a sus natales campiñas, marchita y lacerada por una triste maternidad. Y nuestro amigo Rodríguez, con acierto e inocente pulcritud, ha tomado por modelo una dulce locuela—linda hembra en botón—, toda ella carne y sonrisa, toda ella deseo y curiosidad sexual. Es un tipo de «ladina», pero de una gracia, y voluptuosa carnalidad, que apenas puede sospecharse en una muchachilla núbil, prematuramente caldeada por la recóndita fragancia de su sangre.

El dibujo es sencillo, natural, sin mucho resobo y pulimento. Pero en aquella grácil cabeza de niña hay algo superlativamente expresivo: la sonrisa ancha y cálida que separa los carnosos labios, descubriendo una hilera de dientes esbeltos y regulares. Es una móvil sonrisa de nácares y púrpuras.

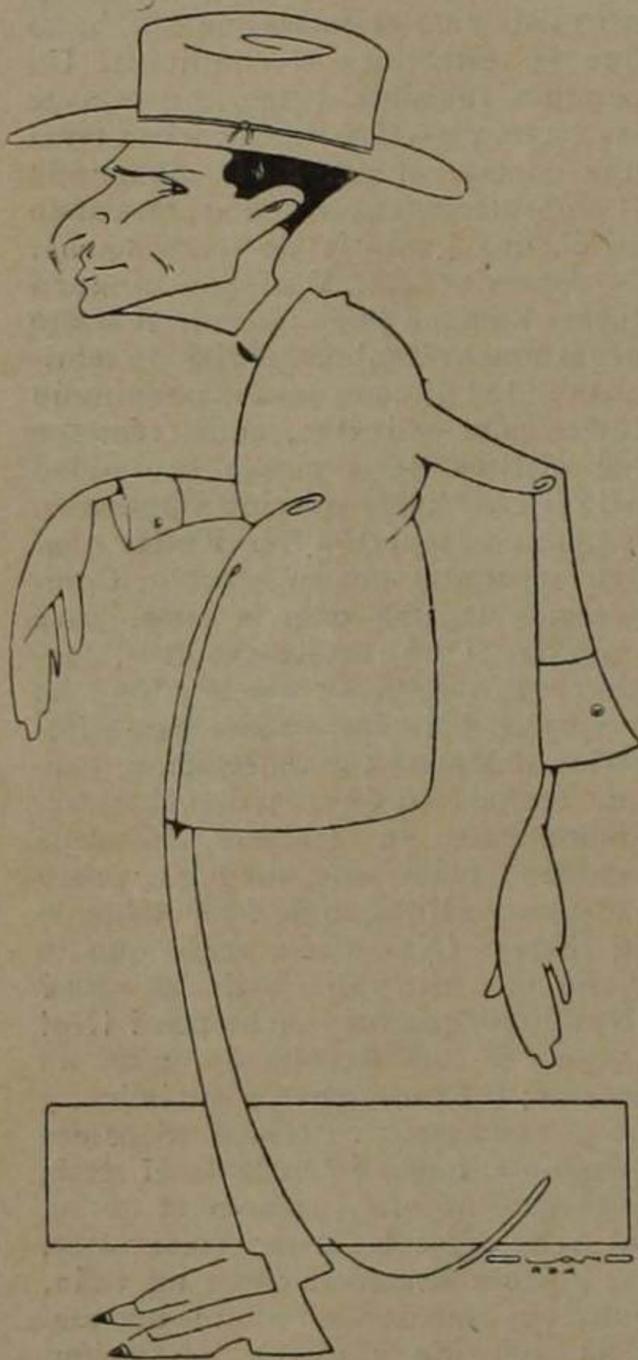
Luego, complementariamente, la mirada maliciosa y oblicua, en la que cabrillea una luz de juventud, de ardorosa y virginal ansiedad, que humedece con aromoso baho, los ojos grandes e ingenuamente sensuales.

La trenza lacia, brillante y morbidamente floja, completa la graciosa obra de nuestro fervoroso e inquieto artista.

••

En su caricatura lo comprendo lento en determinar el tipo, en extraer los rasgos humorísticos.

Sus estilizaciones, sin pecar de inseguras o falsas, se adivinan lo bastante laboriosas para ser espontáneas. El lápiz ha pasado y repasado (en esbozos anteriores, en el mismo papel en



PACO RODRÍGUEZ RUIZ

(Visto por Noé Solano).

sedujeron desde su primer visita, en la que me mostró sus caricaturas.

Luego, su charla arrevesada, pero llena de luz y de agilidad, de interrupciones graciosas y ciseos clamorosos, me mostraron al artista, al hombre de despierta sensibilidad estética, educada y depurada por amoroso estudio (empírico, es cierto; pero qué entusiásticamente vigilado!)

Referente a su estilo, a su dibujo, a su caricatura, observé, desde el primer instante, su característica principal: su «nerviosismo». Encuentro, por otra parte, un dejo de intrepidez, de audacia, que agradan, en todos y cada uno de sus rasgos que su mano